

naciones de los espíritus perversos; al paso que éste es ya eterno y por tanto invariable, perfectísimo como el mismo Dios, al cual los demonios no tienen acceso, y donde el Señor hace participantes de su misma vida, alimentándolos con su substancia, á los que tienen la dicha de morar en sus dominios. Allá, pues, el verdadero cristiano tiene fijos los ojos y colocadas sus esperanzas; sabe que aquí sólo somos huéspedes y peregrinos; que el demonio va dando vueltas á nuestro alrededor como leon rugiente buscando á quien devorar, por lo cual sintiendo la amargura del destierro, gimiendo por la posesión de la patria celeste, exclama: *Venga á nos el tu reino*. Sí; venga, Señor, este tu reino que también es nuestro, del cual somos herederos por los méritos de Cristo; pero cuya posesión es incierta, cuyo derecho de herencia podemos perder á cada instante abandonados á nuestra inconstancia, á nuestra voluntad caprichosa y necia, sujeta de mil maneras á los embelesadores y falsos atractivos de las pasiones.

## § V.

## Tercera peticion.

El reino de Dios ha de tener una ley, y ésta es su misma voluntad. Por esto decimos *hágase tu voluntad*. Nadie entrará en la gloria si no cumple la voluntad de Dios; y nadie con sus solas fuerzas es capaz de cumplirla. Por esto decimos *hágase; nó haz ni haré*. Decir y prometer que yo haré la voluntad de Dios sería expresion temeraria, orgullosa y falsa; decir y querer que sea Dios mismo quien la haga, sería inútil y ocioso. Es muy sabida aquella expresion de san Agustin: «Aquel que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» La obra de la salvacion la cumplen de consuno Dios y el hombre; es una empresa en la que andan asociados el Criador y la criatura, siendo garantía de éxito la union íntima, fiel y absoluta entre los dos. Por esto renunciando al capricho de nuestra voluntad, á la falsa soberania de que el orgullo y amor propio nos presentan vestidos, ponemos nuestro cuello bajo el

suave yugo de la ley de Dios y decimos: *Hágase tu voluntad.*

Con esta súplica, pues, pedimos que la ley de Dios sea observada por todos los hombres, y además que sepamos conformarnos con la voluntad divina, cuando le plazca visitarnos con calamidades y miserias. Todo lo que en el mundo pasa es voluntad de Dios; por esto los santos todo lo recibían dulcemente, lo aceptaban con gusto, y hasta lo más adverso y repugnante lo consideraban demostración del cariño divino. Dios no quiere mal al hombre; lo que repugna á la sensualidad y al amor propio es muchas veces condición de adelantamiento; ni los héroes ni los santos se formaron en la molición de las costumbres ó en la independencia de la voluntad: como las encinas de las montañas se robustecen con el mal trato de los huracanes y tormentas, las voluntades humanas se vigorizan probadas por las calamidades y contradicciones. Nuestra voluntad nos pierde, la voluntad divina nos salva; por esto la una ha de subordinarse y sujetarse á la otra. Aun el Hijo de Dios en el huerto de las Olivas, en medio de su desamparo, exhala un doloroso

quejido pidiendo eximirse de la tremenda Pasión que iba á sufrir; pero inmediatamente, como reponiéndose, se dirige al eterno Padre, y exclama: «Hágase tu voluntad y no la mía.» No te resistas ya después de esta lección de Jesucristo á aceptar cualquier contradicción y pena con que el Señor quiera probarte; santa Gertrudis decía más de trescientas veces cada día esta expresión: *Hágase tu voluntad*; ésta es la fórmula de la santidad, la substancia de la ley, la esencia de la virtud. *En los cielos*, que son los ángeles y bienaventurados, ya se cumple sin interrupción la voluntad divina; *en la tierra*, que somos los hombres mortales y viadores, es despreciada y desobedecida. Al pecador parecele un duro cautiverio, una tiranía insoportable, el vivir bajo el suavísimo dominio de la voluntad del Señor; y no obstante nadie encuentra la verdadera felicidad apartado de ella, porque es la ley de nuestra naturaleza. Los vicios y pasiones que nos dominan son maléficas influencias externas, son la materia que esclaviza y mata al espíritu; la voluntad de Dios al sujetarlas liberta al espíritu, aumenta su dignidad y le hace merecedor de la gloria;

por esto debemos repetir con todo el afecto de nuestras almas: *Hágase tu voluntad.*

Nuestra voluntad es tal ó cual segun lo que ama; se ennoblece amando cosas nobles, se envilece si las ama viles, se diviniza si las ama divinas: si nuestra voluntad se conforma á la voluntad divina, á esa íntima union ó conjuncion de voluntades llama el glorioso san Bernardo (1) matrimonio del alma con Dios. Dichoso quien logra ya en la tierra que en él se cumpla la voluntad de Dios, porque todas sus obras en virtud de este consorcio de voluntades no son ya hijas tuyas, sino hijas de Dios, ya que la voluntad humana que las engendra obra tan sólo al fecundo influjo de la voluntad divina. Las obras humanas tienen entonces un rasgo fisonómico de Dios su Padre, por lo cual el deseo más agradable que puede germinar en nuestro corazon es el de que se haga la voluntad de Dios.

(1) Serm. 28 in Cant.

## § VI.

### Cuarta peticion.

Las tres anteriores peticiones se refieren á lo espiritual y eterno, que aquí comienza, pero que tiene su complemento y perfeccion en la vida eterna; empieza el que ora por pedir la glorificacion de Dios; mas en las cuatro últimas peticiones reclama del Señor lo que necesita para sí mismo. Quiso el Señor que nuestra alma anduviese unida á un cuerpo, formando alma y cuerpo un solo sér: ambas porciones de nuestra persona necesitan un alimento para sustentarse. Sólo Dios se basta á sí mismo; todos los demás seres necesitamos un pan. Hay un pan deliciosísimo para los ángeles, que es la vista y contemplacion de Dios; hay un pan para los brutos, que es los manjares con que se sustentan; y nosotros en el orden de la creacion colocados entre los angeles y los brutos, participando de la naturaleza de ambos, tenemos obligacion y necesidad, hincadas las rodillas ante el Padre celestial, de decirle:

*El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.* Pedimos primero el pan que sirve de sustento á nuestro cuerpo, porque sin él no podríamos vivir, ni cumplir por lo mismo la misión que Dios nos tiene encargada en la tierra. Mas en procurarnos este pan del sustento corporal solemos incurrir en muchos pecados, que aquí el Señor corrige con las sencillas palabras que vamos explicando. Ambicionamos más de lo que necesitamos, como si siempre viviésemos que vivir sobre la tierra, sin acordarnos de que andamos superfluamente acaudalando, y de que á la muerte el Señor nos dirá: «Todo esto que tenias recogido, ¿para quién será?» Por esto pedimos sólo para hoy; si mañana vivimos, dice un Santo, quien dará el mañana dará el sustento de mañana. Además el apetito voraz del hombre no se contenta fácilmente, y quiere saciarse no sólo en tanto lo necesita para sostener su vida, sino en cuanto puede halagar y recrear su sentido. El hombre cristiano es espiritual, y por lo tanto no debe buscar los placeres del cuerpo, sino los del alma, y contentarse con lo necesario que viene comprendido bajo el nombre de pan. De tal manera nos dominan los apetitos al tratar de adquirir las cosas

temporales, que atropellamos á nuestros prójimos y cometemos injusticias, defraudando el pan de nuestros hermanos: por esto pedimos el *pan nuestro*. Quien come un pan fruto de la injusticia, no come su pan, sino el pan de otro que tendrá que restituir, y que en nada le aprovechará. Y aún por esto no decimos el pan mio, sino el *pan nuestro*. Jesucristo nos enseñó el comunismo de la caridad; no puedo pedir el pan solo para mí, sino para todos, y los otros deben pedirlo para mí, y nadie puede comer el pan sin acordarse de los demás. Pedimos el pan para toda la gran familia de Dios; luego entre toda ella ha de partirse. Piden el pan pobres y ricos, porque siempre es Dios quien lo da, y todos de Él lo recibimos; y si á Él le pluguiese cerrar sus graneros, todo el mundo quedaria sin pan; nosotros sembramos y trabajamos la tierra, mas Él es quien da el fruto.

Además del pan corporal hay el pan espiritual. El hombre no vive sólo del pan que producen nuestros campos, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Le pedimos, pues; también en esta súplica que nos dé el pan de su palabra, que es la ver-

dad que sustenta las almas. Los hombres muchas veces por una vana ilusion prefieren la palabra humana á la palabra divina; andan hambrientos de saber cosas nuevas y peregrinas, las buscan con delirio, hacen esfuerzos dolorosos para alcanzarlas, y una vez poseídas no sirven ni para iluminar el alma en las grandes cuestiones de la vida espiritual, ni para fortalecer de veras la cansada voluntad, ni para alegrar y curar el dolorido y enfermo corazon. Al revés, la palabra divina es la palabra de vida eterna; por ella han vivido los justos desde el principio del mundo; verdadero maná de las almas, el Señor en todas las edades ha cuidado de enviarla á la tierra, ya por los antiguos patriarcas, ya por los profetas, ya hasta cierto punto por la recta conciencia humana, en la cual la palabra divina, cuando aquella no se ha torcido, ni un instante deja de resonar; mas con la venida y predicacion de nuestro Señor Jesucristo el pan de vida eterna de su palabra quedó extendido por toda la haz de la tierra, y su Iglesia lo reparte hasta entre los más pequenuelos y pobres. Así como es más excelente la vida del espíritu que la de la carne, así tambien debemos con mayor

deseo pedir el pan que la sustenta, y temer que nos falte este pan del alma, sin el cual caeríamos en la muerte eterna.

De otro pan nos proveyó el Señor Jesucristo, que es su mismo Cuerpo y Sangre. Es de tan absoluta necesidad, que sin él es imposible vivir, y el que no lo coma morirá eternamente; al revés, el que del mismo se alimenta resucitará en la gloria. De este pan debe el cristiano andar hambriento, porque segun el apetito y ganas con que se come es el provecho que hace. Cuando se toma con conciencia limpia y humilde deseo, vivifica el alma, expele del corazon los malos humores de los vicios sucios, hácenos desabridas las mundanas delicias que con sus estímulos tantas veces engañan al hombre, é infunde en el alma conturbada el gozo y la unción santa del divino Espíritu, con el cual la carga de la vida hácese más ligera y soportable. Levanta, pues, cristiano, tu corazon al Padre celestial, y al pedirle *el pan nuestro de cada dia*, entiende que le pides el pan material que sustenta el cuerpo, el pan de la divina palabra que ilumina tu alma, y el pan del santísimo Sacramento que esfuerza al hombre para andar seguro por el cami-

no de la vida cristiana; y no debes pedir este triple pan para tí solo, sino por toda la gran familia humana, de la que tú sólo eres una partícula; y como tu vida es insegura, y cierta la providencia del Señor, pide cada día para el día, sin inquietarte de un porvenir que tal vez para tí no llegará, ni queriendo usurpar á quien corresponde el oficio de sumo proveedor de la humana criatura.

### § VII.

#### Quinta peticion.

Sólo Dios está sin pecado y es incapaz de cometerlo; por el contrario, el hombre que dijese que no tenia pecado, mentiria. En el linaje de Adán sólo nuestro Señor Jesucristo y la inmaculada Virgen María han estado exentos de esta lepra hereditaria, que contamina toda nuestra existencia; por esto nadie puede exceptuarse de decir: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Aquí, pues, nos confesamos pecadores; fuimos ya concebidos en

pecado, y aunque regenerados y curados y limpiados por las santas aguas del Bautismo, la raíz maldita no muere, y retoña con una deplorable fecundidad; de aquí que nadie pueda conceptuarse justo de una manera estable, ni creerse definitivamente unido á Dios. A cada instante podemos perder la gracia; no hay día en que no caigamos siete veces, es decir, en que á pesar de nuestros esfuerzos, aún contra toda nuestra vigilancia, las múltiples concupiscencias con febril rapidez no sorprendan nuestra voluntad y se anticipen á nuestra inteligencia, arrastrándonos fuera del camino de la ley de Dios. El pecado es una deuda á Dios. ¿Cómo la pagaremos? Es indudable que con ella no podemos entrar en el reino de los cielos; es evidente que no tenemos con qué pagarla; mas también es cierto que los méritos de Jesucristo sobran para pagar los pecados de todo el mundo; por esto nosotros, unidos íntimamente á Él, nos dirigimos al Padre celestial, y le decimos: *Perdónanos nuestras deudas.* En esta peticion, pues, el cristiano ejercita los sentimientos de la humildad y del temor, y el de la esperanza en Dios. Nos humillamos y tememos porque nos recono-

ceamos pecadores, y el pecador es digno de castigo; pero al propio tiempo esperamos en la Bondad divina, porque sino esperásemos con confianza de obtener lo que le solicitamos, ¿por ventura pediríamos?

Dios nos perdonará nuestras deudas *asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; es decir, si perdonais seréis perdonados, si no perdonais no seréis perdonados; porque es verdad consignada en el sagrado Evangelio que con la misma medida con que medimos á los otros, seremos nosotros medidos. La primera condicion para excitar la clemencia divina es que nosotros seamos clementes. ¿Con qué cara pediríamos á Dios perdon de las injurias de nuestros pecados, si nosotros fuésemos duros para perdonar las injurias de nuestros prójimos? Aquí hacemos á Dios un ofrecimiento difícil de cumplir; el perdon de las injurias es lo más natural y debido; pero tambien es de lo más dificultoso para nuestra torcida voluntad; al recibir una injuria el sentimiento de venganza se derrama por todo nuestro espíritu, y se apodera de él de una manera vivísima y penetrante, embriágale fuertemente, y pocos son los que saben hacerse superiores á la avasa-

lladora influencia de pasion tan vehemente. Sin embargo, el perdon de las injurias es señal característica del cristiano; y puesto ya el Redentor en las agonías de la muerte, clavado en el madero de la cruz, quiso leernos, desde aquella cátedra, esta sublime leccion, exclamando con aquellas palabras: «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.» Este era el espectáculo que admiraba á los antiguos paganos, ver á los mártires que en medio de los más crueles tormentos rogaban por sus verdugos; y sufriendo los más acerbos dolores tenian dulces palabras; y víctimas del escarnio y vituperio conservaban su serenidad de espíritu, y encendidos de acrisolada caridad clamaban: «Señor, no les imputes este pecado.» No ha querido Dios que nosotros tuviésemos tan fuertes injuriadores, no nos ha puesto en situacion de hacer actos heroicos de perdon de injurias; las que recibimos son nada al lado de las atroces que pasó el Hijo de Dios; nuestro amor propio las abulta, mas debemos sofocar esta mala pasion; y, revestido del espíritu de Cristo, pedirle al Padre celestial que nos perdone, como nosotros perdonamos á los que nos han injuriado.

## § VIII.

## Sexta peticion.

No basta con que pidamos perdon á Dios de nuestros pecados, ni nos hemos de contentar con aborrecerlos, sino que hemos de procurar no caer de nuevo en ellos. Dios no perdona á quien pide absolucion del pecado, si no lo aborrece, y no lo aborrece el que no huye de cometerlo; por esto, conociendo nuestra gran fragilidad, nuestro Señor Jesucristo nos puso en la boca esta peticion: *No nos dejes caer en la tentacion*. Ser tentado es ser probado, toda tentacion es una prueba ó experimento de la virtud que poseemos; por esto la tentacion no es mala; el tenerlas no es defecto, pero el consentirlas es pecado. Con ellas la voluntad se fortifica, el espíritu crece, la virtud se aquilata. Los mayores santos son los que han tenido mayores tentaciones y las han vencido, como los más ilustres héroes son los que han combatido con mayor esfuerzo y constancia. La vida del hombre sobre la tierra es una continua

batalla, y no puede prescindir del combate; el cobarde ó muelle, el que huye de la pelea que á todos mueven los enemigos de nuestra salvacion, no es á propósito para cristiano, no ganará aquella eterna corona que Cristo prometió á los vencedores. Tres son principalmente los enemigos que combaten el alma, tres por tanto las fuentes de la tentacion. La carne, enemigo insidioso y doméstico, vendiéndose por amiga, nos convida con halagos á disfrutar de placeres sensuales, en los cuales casi siempre hay escondido el veneno del pecado mortal, siempre cuando menos entorpecen el espíritu para gozar los santos consuelos que Dios proporciona á las almas fieles. A este enemigo le tenemos siempre en casa, no podemos separarnos de él, ni jamás fiarnos del mismo, porque muerde traidoramente, por lo cual el remedio único es una continua vigilancia y oracion. Mas todavía, cuando el cristiano ha logrado, ayudado de la divina gracia, tener rendida la carne, réstale otro enemigo temible por su astucia, que es el demonio. La gente moderna parece que se rie del demonio, y no obstante, de otra parte cree en él. La crítica más severa admite multitud de



casos en los cuales es evidente la intervencion de los espíritus separados de Dios, y no obstante, la mayor parte de los cristianos no se cuidan de huir de sus lazos y seducciones. El apóstol san Pedro (1) nos enseña que, como leon rugiente, anda dando vueltas á nuestro alrededor, buscando á quien devorar; y san Pablo (2) pondera las dificultades de la desigual batalla que se libra entre el hombre y estos sus enemigos invisibles, adornados de extraordinarias dotes naturales, que por envidia á Dios que justamente les arruinó, trabajan de continuo en la perdicion de sus criaturas racionales. El demonio principalmente tienta al hombre en sus pasiones espirituales. La ira, la soberbia, la envidia, son los fuegos que generalmente enciende en el corazon humano, valiéndose de pérfidas astucias. Siempre presenta la passion bajo apariencia de un bien; toma el disfraz de ángel de luz, insinúase al hombre con malvada discrecion, comienza por ocultarle la injusticia y sinrazon del sentimiento que va inflamando su alma, y al último, lle-

(1) I, v, 8.

(2) II Cor. xii, 7.

gado ya al paroxismo, es un verdadero juguete suyo, y creyendo el pobre apasionado ser el hombre fuerte, independiente y dueño de sí mismo, es sólo un débil esclavo de Satanás que le gobierna; como en los combates de fieras el domador las estimula los instintos, y al mismo tiempo rige la horrenda riña de las rugientes bestias. Añádase al demonio otro enemigo falaz y engañoso, que es el mundo, excitando nuestra codicia y concupiscencia, origen de todos los pecados, y otras veces aterrando al fiel cristiano por medio de tiranos y perseguidores de diferentes clases, que ya con castigos y penas, ya con burlas y menosprecios paralizan nuestra voluntad en el camino del bien obrar. Siendo, pues, el hombre tan frágil y flaco, y teniendo que luchar con tan temibles enemigos durante todo el tiempo de su vida mortal, no tiene más remedio que levantar los ojos á Dios, y con profunda humildad decirle: *No nos dejes caer en la tentacion.*

¿Cómo nos librará el Señor de la tentacion? Por medio de los dones de la caridad y del entendimiento. La caridad nos une tan estrechamente con Él, que nada puede del mismo separarnos; ni todo el infierno junto,

ni la misma muerte. Este lazo salvador nos mantiene firmes en el fluctuante camino de la vida, y las embestidas más formidables de las pasiones no lo pueden romper, por esto la súplica más frecuente de los Santos era ésta: «Señor, que os ame.» Mas por desgracia el hombre muchas veces deshace este lazo salvador, y él es quien únicamente puede deshacerlo; pierde su cabeza, se alucina, da el tesoro de la gracia divina por la miseria del pecado, imitando á los salvajes, de que nos reímos, que dan diamantes en cambio de vidrios pintados y de prendas de colores chillones. Por esto dijo el antiguo filósofo Aristóteles, que todo hombre al pecar era un ignorante. ¡Dadnos, pues, Señor, la luz de vuestra ciencia, única verdadera, para que nunca nos apartemos del camino de vuestra ley; comunicadnos, oh Espíritu divino, el don de entendimiento, para que no caigamos en las fatales ignorancias de los pecados!

## § IX.

## Séptima petición.

La última petición del *Padre nuestro* es muy comprensiva, y como que contuviese el sentido y el alcance de toda la oracion. Denota humildad y confianza, pues decimos: *Libranos de mal*. De consiguiente, confesamos que tenemos males, y que no podemos por nosotros mismos libranos de ellos. Y ¿quién lo duda? ¿Quién padecería males si en su mano estuviese deshacerse de los mismos? Luego el Libertador no es el propio hombre, sino superior al hombre; es el que gobierna todos los sucesos de la vida. Es cierto que propiamente en el mundo hay sólo un mal, que es el pecado, única cosa que nos puede separar de Dios; todo lo demás es bueno ó malo segun la manera como lo tomamos nosotros; todas las cosas son buenas para los buenos, todas las cosas son malas para los malos, dice una sentencia divina de profundísimo sentido: la pobreza, por ejemplo, que levantó á uno á las sublimidades y res-

plandores de la santidad, es ocasion de que otro se precipite en los horrores de la desesperacion, y tal vez del suicidio: la ciencia sirvió al doctor de la Iglesia para derramar sobre los pueblos el espíritu de inteligencia y la plácida luz de la verdad, y encender entre los ciudadanos el dulce amor del prójimo; al paso que los heresiarcas antiguos y los revolucionarios modernos, por medio de una falsa ciencia, acumulan sobre las sociedades las espesas tinieblas del error, que explotan despues en encendidas pasiones de odios y venganzas entre los hijos de una misma patria: las enfermedades corporales han labrado á unos la corona de la santidad; á otros han excitado al espíritu de blasfemia. Es indudable que á pesar de ser libre la voluntad del hombre, y de que sólo peca cuando quiere pecar, y que obra segun su propia determinacion, no obstante, debe decir al Señor con grande humildad: *Mas libranos de mal*. Pero si el solo mal es el pecado, y el pecado no penetra en nuestra alma si nosotros no le abrimos la puerta, ¿no podemos por ventura evitar el mal por nosotros mismos, sin necesidad de pedir á Dios que nos libre de él? En primer lugar siem-

pre necesitamos del auxilio de Dios. Nuestra voluntad es flaca precisamente porque es libre: es su deber estar fija en Dios y en su santa ley, como lo están las voluntades de los bienaventurados en el cielo; mas la nuestra anda suelta, gobernada por un entendimiento ligero, oscuro y con frecuencia alucinado por lo malo que con falsas apariencias lo seduce: no mira la deformidad del pecado, y se embelesa con su momentáneo y malsano deleite, por lo cual necesitamos que Dios venga en nuestra ayuda. Además, aún cuando es cierto que todo lo que crió Dios es bueno, y lo crió todo fuera del pecado, no obstante, á uno es conveniente una cosa y no es conveniente á otro, y todavía lo que en unas circunstancias nos es favorable, en otras nos es pernicioso; por lo cual llamamos malo todo lo que respecto á nosotros, dada la flaqueza humana, puede sernos ocasion de ruína ó de pecado. Por esto le decimos á Aquel que tiene la providencia de los sucesos humanos, que nos libre de mal; no sólo del mal del pecado, que es muerte y condenacion del alma, sino áun de aquellas contrariedades temporales que son obstáculo á la virtud, estorbo en el ca-

mino de la vida cristiana y peligro de pecado.

Acabamos la oracion del *Padre nuestro* con la palabra *Amen*, vocablo hebreo que es como una confirmacion de lo anteriormente dicho, y al propio tiempo expresa una aspiracion de que se cumpla lo antes manifestado. Así sea, así se cumpla lo que pido; sí, ciertamente, confío y firmemente creo que se cumplirá. Tal es el significado de esta palabra tan frecuentemente empleada en la piadosa liturgia de nuestra santa Madre la Iglesia.

### § X.

**Exposicion parafrástica de la oracion dominical compuesta por nuestro Padre san Francisco de Asis.**

El sapientísimo Cornelio á Lápide en sus comentarios al Evangelio de san Mateo, inserta la siguiente exposicion del *Padre nuestro*, tomada, dice, del tomo V de la *Bibliotheca SS. Patrum*. Exposicion, segun el docto y piadoso comentarista, en parte literal y en parte mística, sublime, sabrosa y ferviente,

y, al parecer, al Señor muy aceptable, ya que su autor fué íntimo discípulo de Dios.

«Santisimo *Padre nuestro*, criador, redentor nuestro, salvador nuestro, consolador nuestro.» *Que estás en los cielos*, «en los Angeles, en los Santos, iluminándolos para que te conozcan, porque Tú eres, Señor, luz que enciendes en ellos llamas de divino amor hácia Tí; porque Tú, Señor, eres amor que resides en ellos y los llenas de bienaventuranza; porque Tú eres, Señor, bien sumo y bien eterno del cual derivan todos los bienes, y fuera del cual no existe bien alguno.» *Santificado sea el tu nombre*, «ilustra la idea que de Tí poseemos, para que conozcamos la largueza de tus beneficios, la anchura de tus promesas, lo sublime de tu majestad y lo profundo de tus juicios.» *Venga á nos el tu reino*, «para que reines en nosotros por tu gracia, y nos atraigas á tu reino, en donde se te ve claramente, se te ama perfectamente, se vive en feliz sociedad contigo gozándote sempiternamente.» *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, «para que te amemos con todo el corazon, pensando siempre en Tí; con toda el alma, deseándote siempre; con toda la mente, dirigiendo á Tí

todas nuestras intenciones y buscando tu honor en todas las cosas, de manera que con todas nuestras fuerzas, todas las potencias y sentidos de alma y cuerpo empleemos en obsequio del amor de Tí solo, y que á nuestros prójimos amemos como á nosotros mismos, y los atraigamos á tu amor gozándonos de sus bienes como si fueran propios nuestros, que los compadezcamos en sus males y que á nadie ofendamos.» *El pan nuestro de cada día dánosle hoy:* «Danos hoy á tu amado Hijo nuestro Señor Jesucristo, es decir, danos que nos acordemos, comprendamos y reverenciamos el amor que nos tuvo y todo lo que por nosotros hizo, habló y padeció.» *Y perdónanos nuestras deudas,* «por tu misericordia y por la inefable virtud de la Pasion de tu amado Hijo nuestro Señor Jesucristo y por las intercesiones y méritos de la beatísima Virgen María y de todos los santos.» *Como nosotros perdonamos á nuestros deudores;* «y porque no perdonamos plenamente, haz Señor, que plenamente perdones, de manera que amemos á nuestros enemigos por Tí; y delante de Tí por ellos devotamente intercedamos, á nadie volviendo mal por mal, y trabajando para que todos se apro-

vechen en Tí.» *Y no nos dejes caer en la tentacion* «ya oculta, ya manifiesta, ya repentina, ya continua.» *Mas libranos de mal,* «ya del pasado, ya del presente y venidero.» *Amen,* «espontánea y graciosamente.»

El referido Santo rezaba el *Padre nuestro* de la manera explicada, en todas las horas del día.

